

José Virtuoso

Del cacerolazo al pitazo

El pasado 8 de abril los venezolanos fuimos convocados para expresar nuestro descontento a través de un paro cívico y de una nocturna jornada bulliciosa de pitos y cohetes. Los eventos comenzaron temprano. Antes de las 6:00 am. los caraqueños despertamos sobresaltados por el bombardeo de los cohetes que anunciaban la llegada de un turbulento día plagado de expectativas. Era difícil no esperar lo peor, cuando en los días inmediatamente anteriores habíamos presenciado en Caracas varias escenas de violencia y represión, entre la proliferación de rumores y de todo tipo de hojas volantes llamando a la desobediencia civil. Para completar el cuadro, la noche anterior a la anunciada jornada no pudimos evitar irnos a la cama preocupados ante las declaraciones del Sr. Piñerúa, del Ministro de la Defensa y del Ministro de Transporte y Comunicaciones, los cuales, llamando a la calma y amenazando con la represión, nos pusieron a todos a esperar lo peor para las próximas horas.

Sin embargo, la convocatoria al paro cívico no fue respondida. Las principales ciudades de Venezuela no se paralizaron. Entre el miedo y la incertidumbre, algunos optaron por quedarse en sus casas, pero no fue esto lo que predominó. El transporte, el comercio, y las industrias funcionaron. Sólo el sector educativo cerró completamente sus puertas. Entre guardias, tanquetas y policías se desarrolló una jornada más bien tranquila. Hubo sus excepciones caracterizadas por brotes de violencia, pero tampoco fue la nota común del día. Al caer la noche volvieron los temores, pero tampoco se registró nada espectacular. Sonaron pitos, estallaron cohetes, se oyeron voces de protestas, y en Caracas hubo disturbios por lo menos hasta las 11:00 de la noche.

Las características del pitazo difieren en mucho de las del cacerolazo del 10 de marzo. En efecto, aquella noche se produjo "el mayor concierto de la historia venezolana". Frente a la polifonía de las cacerolas y el envolvente clamor generalizado de protesta en aquella oportunidad, el

ruido de los pitos de Abril parecía pálido y desvaído. Quisiéramos en estas líneas que siguen analizar esa diferencia, pues pensamos que allí está muy bien expresado lo que realmente acontece en la esfera del comportamiento político nacional. Es una simpleza decir que la gente no pitó ni acudió al paro cívico porque ya estaba cansada y se quería ir de vacaciones en Semana Santa o porque el gobierno está recuperando su imagen y credibilidad o porque los pitos son muy malos para hacer ruido. Pensamos más bien que sigue vigente la hipótesis sugerida por el investigador Jesús María Aguirre en la Revista SIC del pasado mes: "... hay resortes de este pueblo que nuestros directores de orquesta no conocen bien o hace tiempo que perdieron el contacto con los actores de nuestra historia." El 10 de marzo es una prueba de lo alejadas que están las organizaciones políticas de los resortes de este pueblo; el 8 de abril es otra manifestación de esa misma realidad.

UN PUEBLO QUE NO QUIERE SER UTILIZADO

Una nota típica del cacerolazo del 10 de Marzo es que fue convocado por todos y por nadie. Aunque se sabía de la presencia promotora de organizaciones de distinto signo político, no se podía señalar con el dedo quién lanzó la primera idea y quién o quiénes eran los responsables de la sonora acción. No era así para el 8 de Abril. Los convocantes al paro cívico, que debía terminar en un estruendoso pitazo a las ocho de la noche, tenían nombre y apellido y sí se les podía identificar como los responsables de la convocatoria: La Vicepresidencia del Concejo Municipal, sindicatos, estudiantes de educación media y superior, el magisterio, gremios universitarios, la asamblea de barrios, organizaciones vecinales, partidos como el MAS, la Causa R y organizaciones de ultrazquierda. Estos actores tienen un común denominador: todos ellos se autodenominan representantes del pueblo, pretenden saber mejor que el pueblo mismo

2

cuáles son sus verdaderos intereses y necesidades, y creen tener un verdadero imán para atraer sobre sí la voluntad popular. Pudiéramos decir, sin temor a exageraciones, que en general el espectro político que va de derecha a izquierda en Venezuela piensa así; por eso los grupos y partidos políticos, sean del signo que sean, se parecen mucho a la hora de comportarse como representantes. Así vemos cómo no les importa mucho cuáles son las verdaderas expectativas y esperanzas de la gente común y corriente, sino si esta masa está en condiciones de sumarse o no a lo que sus representantes políticos consideran la acción pertinente a desarrollar.

De esta forma, la política se convierte en el arte de sumar y restar. Se leen las encuestas y se calcula. Si el saldo de las cuentas dice que los venezolanos están descontentos hay que aprovechar o desviar ese descontento de acuerdo a la estrategia trazada por el representante político. Lo mismo ocurre si, por el contrario, el sondeo de opinión pública indica que estamos satisfechos. Se ha perdido lo fundamental del arte político que consiste en saber interpretar el sentir real de la gente. El comportamiento político de la colectividad se va haciendo cada vez más consciente de esa diferencia y por eso se niega a seguir acudiendo a la cita con los políticos cuando éstos la convocan desde sus intereses para su propio beneficio dejando al margen lo que esa masa quiere y siente. No importa el color y la tendencia ideológica, la gente está rechazando cada vez más prestarse para ser utilizada bajo la bandera de la representación. Creemos que el 8 de Abril se produjo un acto de desobediencia civil a los políticos que se imaginaron que podrían traer en beneficio de sus intereses el actual descontento popular.

CACEROLAS vs. PITOS Y COHETES

Los analistas del lenguaje y la comunicación nos han enseñado, desde hace bastante tiempo, que los símbolos no se imponen desde fuera de la realidad social sino que surgen desde lo más íntimo de ella misma. Por eso su surgimiento es espontáneo y su significado evidente. La noche de las cacerolas se trató de una expresión colectiva de rechazo al hambre a la que está sometido el pueblo, ante la cual el gobierno está sordo, los políticos dormidos y los empresarios insensibles. Ese dolor real de la gente se manifestó a través de un símbolo que recogía plenamente esa realidad: las cacerolas y junto a ellas todo el instrumental que proviene de la cocina: ollas, tapas, sartenes, etc. Todo eso podía ser utilizado para hacer bulla porque estaba vacío, sin uso. Así ese pue-

blo autocomunicó una experiencia muy sentida y vivida cotidianamente: hambre e insensibilidad política. Y lo hizo por medio del instrumento adecuado.

El 8 de abril se convocó expresamente a ese pueblo para una cosa muy distinta: a manifestar su descontento a través de la violencia. En su gran mayoría los rumores y panfletos invitaban a salir a la calle, a saquear y combatir. La invitación era hacer explícita la rabia y el descontento mediante actos contundentes de agresión. El pito era el instrumento que serviría de símbolo. Ciertamente se prestaba para el objetivo. El sonido del pito es estridente y molesto. ¿Y no se trataba precisamente de provocar estridencias y molestias? El gobierno supo jugar muy bien su contraparte, sobre todo a través del mensaje avinagrado del Sr. Piñerúa: "el gobierno garantiza violencia y represión contra los agitadores del orden público". El mensaje se materializó a través del desfile por las calles de las policías y la Guardia Nacional, que, armados hasta los dientes, presagiaban que la amenaza del Ministro no era broma.

La colectividad en general rechazó la invitación a la violencia de unos y de otros, no sólo por el miedo que evidentemente tenía que producir tal invitación, sino también y fundamentalmente porque discernió que esa alternativa no respondía a sus verdaderos deseos y expectativas. Es importante detenerse aquí. ¿Qué significa ese rechazo de la mayoría del pueblo venezolano a la violencia? La respuesta muy probablemente está en consonancia con el cacerolazo del 10 de marzo. En efecto, nuestra gente no está buscando la destrucción ciega y anárquica del sistema sino que está buscando una respuesta al problema del salario, del trabajo, de la alimentación, de la salud, etc. Es decir, el pueblo venezolano está descontento con la actual situación y está en búsqueda de otras posibilidades. De allí que su opción fundamental es por la reconstrucción nacional, por eso se atreve a exigir justicia y cambios fundamentales en todos los niveles de la vida nacional. En este sentido el cacerolazo del 10 de marzo fue secundado por mucha gente porque lograba expresar estos deseos, mientras que las actividades promovidas para el 8 de abril no buscaban nada en positivo. Lo dicho no quiere decir

que no podamos llegar a la violencia y a la anarquía social; pero pensamos que el discernimiento social está dejando esta posibilidad en último lugar.

SIGUE FALLANDO LA COMUNICACION POLITICA

La evaluación que hizo el gobierno de esta muestra de madurez política, y la conducta que éste ha seguido a continuación, señala crudamente que sigue fallando la comunicación política. En efecto, el Señor Piñerúa, como responsable de la política interior del gobierno, se siente satisfecho, "porque se ha demostrado que en Venezuela sí existe gobierno, que la situación está controlada y que no hay nada que temer." Esa sensación de triunfo fue de tal magnitud que el 10 de abril el Ejecutivo se atrevía a restituir las garantías. Hecho que en sí es positivo, pero en el contexto era una clara demostración de seguridad por parte del gobierno. Al día siguiente nos enteramos por la prensa de que el Sr. Carlos Andrés Pérez firmó un pacto, llamado de emergencia, con Eduardo Fernández y algunos grandes empresarios, para enfrentar la problemática nacional. El mismo ha sido desmentido categóricamente por la Secretaría de la Presidencia de la República, pero, a juzgar por las declaraciones de Eduardo Fernández y otros actores políticos, no queda duda de que se debió producir algo parecido a un pacto de emergencia en las alturas del poder.

Es decir, una vez que el gobierno ha demostrado su capacidad de mantener el orden público, y ha visto cómo el pueblo no respondió al llamado expreso de la violencia, se olvida de las expectativas reales de la gente para seguir intentando volver a la normalidad del orden establecido. En este sentido el Presidente no ha prestado atención a lo que le ha recomendado públicamente el Ministro Ochoa Antich: "...los cambios deben ir por la vía de la democratización del poder, no sólo político sino económico... los grupos económicos deben democratizar la riqueza, pues éstos han sido los más beneficiados con las reformas que se han instrumentado hasta el momento. Los cambios que se esperan no deben dar acceso al poder a los

consorcios empresariales, sino a los sectores mayoritarios de la sociedad."

El ministro de la Defensa parece que sí escuchó lo que el pueblo quiso comunicar con el cacerolazo y no interpreta el fracaso del pitazo como una devaluación de la insatisfacción popular y fortalecimiento del gobierno. Por eso concluye: "...se dan los cambios o habrá violencia". Ni el Sr. Piñerúa ni el Sr. Carlos Andrés Pérez han sacado esas conclusiones. El primero ha concluido que el gobierno tiene la situación controlada; el segundo continúa, ahora más tranquilo, intentando consolidar su posición al margen de ese pueblo.

Esta situación ha sido muy bien resumida por Diego Bautista Urbaneja, en uno de sus editoriales del Diario de Caracas, como círculo vicioso. Es decir, mientras que existe un ambiente de expresa y contundente rebeldía social, el gobierno se ve en la necesidad de responder aceleradamente para calmar los ánimos. Una vez logrados esos objetivos, el gobierno se olvida de sus promesas y se dedica a su forma habitual de hacer política, cuya esencia consiste en prescindir de los intereses de las grandes mayorías. Pero ese alejamiento y demagogia vuelve a subir la temperatura de la colectividad, lo que a su vez genera nuevamente promesas y así sucesivamente. El peligro evidente es que el círculo se rompa y se produzca lo que hasta ahora el pueblo no quiere y es utilizar la violencia para imponer su voluntad.

Volvamos al principio de estas reflexiones. Nuestros directores de orquesta no conocen los resortes de este pueblo, y se han alejado tanto de él, que se han hecho incapaces de percibir sus demandas. Así seguimos contemplando cómo el gobierno sigue empeñado en conseguir su estabilidad perdida, AD y COPEI se siguen comportando como ávidos competidores del poder y las organizaciones que quieren un cambio a fondo de la situación propician acciones al margen del sentir popular. Mientras tanto la mayoría del pueblo venezolano sigue emitiendo señales que no son entendidas, sino todo lo contrario, mal intencionadamente interpretadas.

